

CRUZ PEREGRINA VICENTINA

"Portadores de esperanza, unidos por el carisma de la cruz de los pobres."

La Cruz Vicentina es una catequesis itinerante, una llama encendida, una predicación sin palabras. Donde ella llegue, llegará Cristo mismo. Donde ella se reciba, se celebrará una Pascua. Y donde se contemple con fe, se escuchará el eco eterno de la voz del Maestro:

"Lo que hicieron con uno de estos pequeños, conmigo lo hicieron" (Mt 25,40).

Que esta cruz peregrina renueve nuestro fuego.

Que despierte corazones dormidos.

Que encienda nuevas vocaciones.

Que nos recuerde —una y otra vez— que amar es servir y servir es cargar la cruz... pero con alegría.



CRUZ PEREGRINA VICENTINA

La Cruz Vicentina nació el 18 de marzo de 2025, en el marco de la preparación de la VII Convención Juvenil Vicentina, en medio de la organización de este acontecimiento lleno de gracia, surgió una inspiración: crear una cruz misionera que encarne la identidad y misión de la Familia Vicentina. No sería una simple figura de madera, sino un signo vivo, itinerante, palpitante de Evangelio, capaz de animar, reunir y renovar a todos aquellos que sirven a Cristo en los pobres.

El diseño y la propuesta teológica de esta cruz estuvieron a cargo del Padre Yeison Estiven Sarrazola García, C.M., quien definió cada uno de sus elementos con sentido pastoral y espiritual, procurando reflejar en ellos la centralidad de Cristo evangelizador y servidor.

La cruz nace, así como una llamada al ardor misionero, un clamor visual que fortalece la identidad y anima la vocación, su presencia no será pasiva: será palabra visual que evangeliza, signo que consuela, símbolo que convoca y envía.

Esta cruz peregrina y misionera recorrerá regiones donde haya presencia vicentina, convocando a la oración, la fraternidad, la misión, y el compromiso con los últimos. Allí donde llegue, será acogida con alegría y esperanza, como una visita del mismo Cristo pobre, servidor y resucitado. Su estadía en cada comunidad será un tiempo de gracia, de evangelización, de reavivamiento.

Como bien enseñaba el Papa Francisco, “la cruz de Jesús no es un hecho del pasado, sino que permanece viva en los sufrimientos de nuestro tiempo” (*Evangelii Gaudium*, 270). Por eso, esta cruz se convierte en la gran predicadora silenciosa del carisma vicentino: sin hablar, lo dice todo; sin moverse, nos impulsa; sin exigir, nos transforma.

La Cruz Vicentina encuentra su raíz teológica en el Evangelio de Mateo, particularmente en el pasaje de Mateo 25,31-46, que habla del juicio final, este pasaje establece el criterio divino para juzgar a las naciones, revelando que el amor verdadero a Dios se manifiesta en las obras de misericordia hacia los más necesitados; las personas que serán acogidas en el Reino de Dios son aquellas que han servido a Cristo en los más pobres y vulnerables. Las obras mencionadas en este pasaje (dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, dar refugio al forastero, visitar al enfermo y al prisionero) son los actos de misericordia que constituyen el



criterio del juicio final y reflejan el cumplimiento del mandato de amor hacia el prójimo.

"Vengan, benditos de mi Padre; tomen posesión del reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era forastero, y me hospedaron; estuve desnudo, y me vistieron; estuve enfermo, y me visitaron; estuve en la cárcel, y vinieron a verme."

(Mateo 25,34-36)

Este pasaje subraya la centralidad del amor concreto en la vida cristiana, Jesús identifica a los pobres y sufrientes como su presencia misma, de este modo, el amor a Dios no puede reducirse a una devoción abstracta o emocional, sino que debe concretarse en actos de servicio tangible hacia los más necesitados.

Un Signo de Vocación y Misericordia

La Cruz Vicentina es un símbolo que recuerda a todos los miembros de la FAMVIN, que el seguimiento de Cristo se realiza principalmente en el servicio a los pobres y marginados, tal como lo enseñó Jesús, siguiendo el ejemplo de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, quienes encontraron en la pobreza y el sufrimiento de los demás una llamada a vivir el Evangelio con radicalidad, la Cruz Vicentina invita a los miembros de la familia vicentina a comprometerse con los más necesitados de una manera concreta y cotidiana.

El carisma vicentino no es una vocación al confort o a la contemplación separada del mundo, sino un llamado a salir al encuentro de los pobres, a hacer de ellos el centro de nuestra vida y de nuestra misión. El amor a Dios, en esta familia se concreta en el amor a los más desprotegidos, aquellos que, según Mateo 25, representan el rostro mismo de Cristo

A su vez la cruz, como símbolo de la Pasión y la Muerte de Jesús, nos recuerda que el amor cristiano implica sacrificio y entrega; no es suficiente con una devoción sentimental o abstracta; el amor verdadero es aquel que se entrega sin reservas, que se hace cercano a los sufrimientos del prójimo, el amor que Jesús enseña en Mateo 25 es un amor que se materializa en la acción y en el servicio, un amor que se hace visible en las obras de misericordia.



La Esperanza en el Servicio

El pasaje de Mateo no solo habla de servicio, sino también de esperanza, la esperanza cristiana no es una esperanza pasiva o estática, sino activa y comprometida, esperar en el Señor significa seguir sus pasos, ir a las periferias del sufrimiento humano y allí encontrar a Cristo en el rostro del pobre, del necesitado. Es una esperanza que se concreta en la acción diaria, en el servicio a los más pobres, y en la certeza de que, a través de este servicio, el Reino de Dios se manifiesta en el mundo.

La **Cruz Vicentina**, inspirada en este pasaje, invita a la Familia Vicentina a vivir una esperanza activa, una esperanza que no es evadir la realidad del sufrimiento, sino que la transforma a través del amor y la misericordia, la esperanza cristiana, tal como se presenta en Mateo 25, no es solo la certeza de un futuro mejor, sino también la certeza de que nuestras acciones en favor de los pobres tienen un valor eterno y un impacto real en el Reino de Dios.



EL SENTIDO DE LA CRUZ PARA LA FAMILIA VICENTINA

La cruz no es simplemente un madero, ni un adorno religioso, es el gran sacramento del amor entregado, la memoria visible de un Dios que se abaja, se hace siervo y se une al sufrimiento humano.

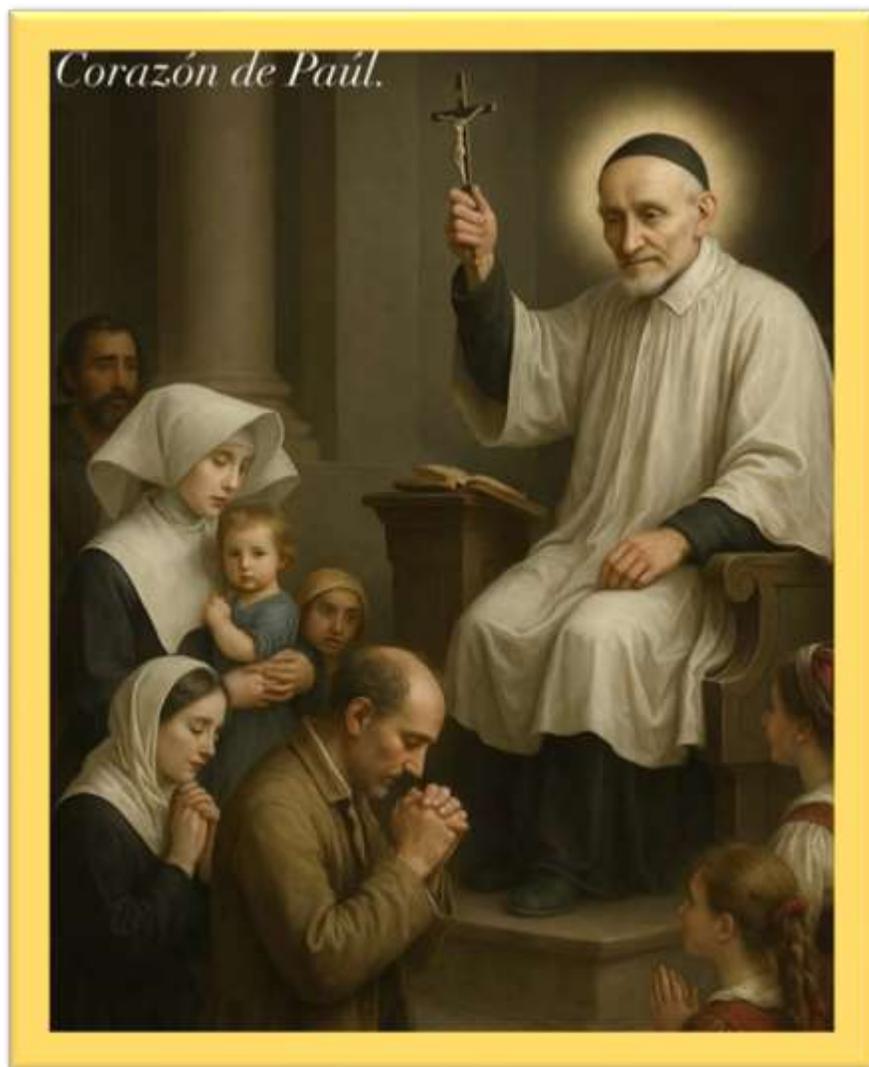
San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac no huyeron de la cruz: la abrazaron en los pobres, vivieron la cruz no como castigo, sino como camino de redención, de solidaridad, de caridad ardiente. En ella descubrieron la ternura de Dios en medio del dolor.

La cruz nos recuerda que “el sufrimiento no es el final”, como ha dicho el Papa Francisco, sino que en Cristo crucificado y resucitado todo puede ser transfigurado; no es un final trágico, sino una pasión fecunda, que nos lanza a vivir con radicalidad el Evangelio en las periferias existenciales.



La Cruz en San Vicente de Paúl

Para San Vicente, la Cruz no era un fin trágico, sino un camino pascual, no buscaba el sufrimiento por sí mismo, sino que veía en él la escuela del amor más puro; en la Cruz, Vicente contempló al Cristo Siervo, despojado, obediente, humilde, entregado hasta el extremo.



“El Hijo de Dios murió por amor. ¿Y nosotros no vamos a vivir y morir por amor?” (Cf. IX, 255).

La Cruz era, para él, el lugar donde el corazón se afina con la voluntad de Dios, y donde la caridad se vuelve fecunda. Por eso, servir a los pobres era cargar la cruz con Cristo mismo, no desde la resignación sino desde la fe activa.

Él enseñaba a sus misioneros que debían estar dispuestos a sufrir incomodidades, fatigas, rechazos y humillaciones, porque en ese camino se

encontraba el verdadero seguimiento de Cristo, pero todo con dulzura y mansedumbre, porque el que ama, incluso en el dolor, no pierde la paz. (SLM, 763764, CEME, Salamanca, 1985).

La Cruz en Santa Luisa de Marillac

Para Santa Luisa, la Cruz fue su maestra espiritual; desde su juventud sintió el peso del sufrimiento: el abandono, las enfermedades, las dudas interiores... Pero en la Cruz descubrió la fidelidad amorosa de Dios, no

huía del dolor, sino que lo ofrecía con confianza, sabiendo que allí se abría paso la gracia. En una de sus cartas más profundas escribe: “El sufrimiento es el gran maestro del amor puro, la cruz que nos toca cargar es prueba de que Dios nos quiere más unidos a Él.” (Carta 0567)

Luisa veía en cada prueba una invitación a unirse a Cristo paciente. Y cuando formó a las primeras Hijas de la Caridad, les enseñó que la Cruz no era algo que se exhibía en las paredes,

sino que se vivía en los hospitales, en las calles, en el cansancio diario de servir al que sufre. La caridad encarnada en el dolor ajeno era su verdadera devoción a la Cruz.



ELEMENTOS SIMBÓLICOS DE LA CRUZ

Cada trazo de esta cruz es teología encarnada, catequesis visual, espiritualidad viva, su lenguaje es simbólico, pero toca el corazón con fuerza misionera.

La Cruz y las Obras de Misericordia

Los brazos horizontales acogen seis círculos dorados, como estigmas de compasión, que representan las obras de misericordia corporales, Estas obras son el rostro visible del Reino:

- **Dar de comer al hambriento:** Partir el pan es prolongar la Eucaristía con las manos, en cada bocado compartido, el milagro de la multiplicación se renueva, y el Reino se acerca; al alimentar al otro, no solo calmas el estómago, sino que nutres la esperanza, porque nadie que ama puede quedarse tranquilo ante un hermano que ayuna por falta y no por fe.
- **Dar de beber al sediento:** Saciamos más que la garganta: damos consuelo, frescura, vida, el agua ofrecida se vuelve signo del amor que brota del costado herido de Cristo, aquel que da de beber, derrama sobre el mundo un poco del bautismo que salva, del vino nuevo de la alegría, del Espíritu que refresca al alma agotada.
- **Dar cobijo al que no tiene techo:** Quien abre su puerta al extranjero abre su alma a Dios, en cada viajero cansado, Cristo pide abrigo; a veces el techo es literal, otras veces basta un saludo que acoja, una palabra que caliente, una comunidad que incluya, cuando se da posada, se convierte la casa en altar y el corazón en morada del Espíritu.
- **Vestir al desnudo:** El cuerpo expuesto clama por dignidad, al vestir al otro, se cubre su piel, pero también su vergüenza, su fragilidad, su abandono. Es Dios mismo quien, como en el Edén, cubre al ser humano con túnicas de ternura, es el amor el que abriga más que cualquier tela.
- **Visitar al preso:** La presencia sana incluso cuando el cuerpo no se cura, estar junto al que sufre es hacerle sentir que no está solo en su cruz, la visita al enfermo es un sacramento de humanidad, un gesto que lleva el bálsamo de Dios: una mano, una oración, una sonrisa, son ya medicina.
- **Visitar al enfermo:** Detrás de cada barrote hay una historia herida que clama redención, entrar a una celda es tocar el corazón del Evangelio: la dignidad no la quitan los errores, allí, en lo profundo del encierro, puede florecer la libertad del alma. Visitar al preso es pronunciar, con hechos, el Evangelio de la misericordia.



Estos gestos de amor son el alma del carisma vicentino; como enseña *Evangelii Gaudium*, “la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual” (n. 200), y estas obras son respuesta espiritual en forma de acción concreta.

El Evangelio de Mateo 25 es, para nosotros, la carta magna del seguimiento de Cristo, no se trata solo de un mandato moral, sino de una revelación divina: Cristo se identifica con el pobre, la cruz, entonces, no se comprende sin estas obras, porque ellas son su fruto vivo.

Cristo Misionero y Servidor

En el corazón de la cruz, resplandece un Cristo joven, de rostro sereno y sonrisa abierta. No es un Cristo doliente que inspira lastima y dolor, sino un Resucitado que inspira confianza, alegría; sus pies descalzos pisan la tierra del mundo, sus brazos abiertos abrazan toda miseria humana; su túnica pobre y sencilla nos recuerda que Dios se hizo pobre no por necesidad, sino por amor (*cf. 2 Cor 8,9*).

Este Cristo es el Evangelizador de los pobres, que no domina, sino que sirve, como nos recordaba el Papa Francisco: “Jesús evangeliza con gestos y con palabras que provocan el asombro, la cercanía y la compasión” (*Homilía del Domingo de Ramos, 2023*).

El Corazón Ardiente

Del pecho de este Cristo brota un corazón encendido, símbolo del amor de Dios que todo lo consume. Es fuego que no quema, sino que enciende otras llamas. San Vicente lo decía con claridad: “*Hay que inflamar los corazones con el fuego del amor de Dios*”. Este corazón es motor y centro de toda obra misionera.

Siluetas de los Fundadores

A los pies de la cruz, están San Vicente y Santa Luisa, como compañeros de camino, con rostros de misericordia, con mirada de evangelizadores, ellos nos enseñan que la caridad no es un acto ocasional, sino una forma de vida.

Como afirmaba Vicente: “*Amar a Dios con el sudor de nuestra frente y con el esfuerzo de nuestros brazos*”. Ellos no nos conducen a sí mismos, sino a Cristo pobre.

Logo de la Familia Vicentina (FAMVIN)



Debajo de sus siluetas, el logo de la Familia Vicentina resplandece como llama de comunión universal. Allí está la Iglesia en salida, la comunidad de los servidores, la red misionera que —unida en el Espíritu— va construyendo el Reino desde las periferias. Este logo nos recuerda que no caminamos solos, que somos parte de una gran familia movida por la misma pasión: Cristo en los pobres.

COLORES CARACTERÍSTICOS DE LA CRUZ

El dorado: expresa la gloria de Dios manifestada en los pobres, es signo de lo eterno que se esconde en lo frágil, del Reino que ya brilla en los pequeños. Recuerda la dignidad inviolable de cada ser humano y la promesa de una esperanza que no defrauda el dorado no representa poder mundano, sino la majestad escondida en el servicio humilde.

Azul Celeste: El azul celeste, para los iconos ortodoxos, es el signo del misterio de la Encarnación y la gracia divinamente otorgada. En la tradición cristiana, el azul es un color que remite al cielo y a la trascendencia, evocando la relación entre lo humano y lo divino, es un color que simboliza la apertura del hombre hacia el misterio divino, representado en la figura de Cristo y, particularmente, en la Virgen María. Para los vicentinos, el azul es un recordatorio de la vocación universal a la santidad y al servicio de los pobres, al mismo tiempo que nos invita a mirar siempre hacia lo alto, a contemplar el misterio de la salvación, y a vivir desde una fe que nunca pierde su horizonte escatológico.

Rojo: El rojo es el color de la pasión y el sacrificio, particularmente asociado a la pasión de Cristo, el rojo simboliza la caridad radical, un amor que se entrega hasta el extremo, tal como el sacrificio de Cristo en la Cruz. Es la manifestación de una caridad que no tiene límites, que se dona sin medida y que se extiende a los más necesitados, siguiendo el ejemplo del propio Cristo.

Verde Claro: El verde claro es signo de renovación y de la vitalidad que emana de la resurrección. Este color, en su simbolismo cristiano, remite a la vida nueva que brota del misterio pascual, la teología de la resurrección en el paleocristiano está implícita en el verde claro, ya que representa la regeneración espiritual que se da a través del sacrificio y la muerte de Cristo.



Verde Oscuro: El verde oscuro, por su parte, simboliza la estabilidad, la perseverancia y la profundidad espiritual., en su relación con la cruz, este color tiene un doble significado: por un lado, es un recordatorio de la constancia y la madurez en la fe, características necesarias para el servicio continuado a los pobres, que no puede ser superficial ni intermitente.

Amarillo: Simboliza la luz del Resucitado que guía el camino misionero, es color de la esperanza activa, que no se resigna, sino que construye Reino en medio del dolor. Remite a la sabiduría evangélica que discierne con claridad, y a la caridad luminosa que, como enseñaba san Vicente, debe brillar con obras concretas en favor de los pobres.



ORACIÓN ANTE LA CRUZ VICENTINA

Señor Jesús,
rostro luminoso del pobre y corazón ardiente del Padre,
te adoramos en esta Cruz,
donde el amor se hizo carne herida
y la esperanza se alzó más fuerte que la muerte.

Aquí, ante tus brazos abiertos,
descubrimos el misterio más grande:
que el cielo comienza cuando un pobre es abrazado,
que la gloria pasa por el camino de la entrega,
y que servir es la forma más alta de amar.

Oh Cristo misionero y servidor de los pobres,
descalzo en nuestros caminos,
túnica humilde de los que nada tienen,
enséñanos a verte en el hambriento,
a escucharte en el sediento,
a besarte en el enfermo,
a esperarte en el preso,
a cuidarte en el que no tiene techo ni abrigo.

Viniste a nosotros pobre,
y nos llamaste a seguirte pobremente.
Tu Cruz, Señor, no es un madero de derrota,
sino un trono de misericordia
desde donde reinas con los pies polvorientos
y las manos heridas de compasión.

Oh San Vicente y Santa Luisa,
discípulos de la ternura crucificada,
ustedes que bebieron del cáliz del sufrimiento
y supieron encontrar a Dios en cada herida,
enséñennos el arte de cargar la cruz con alegría,
de servir sin medida,
y de no cansarnos nunca de amar.

Señor, que esta Cruz Vicentina,
peregrina como Tú,
sea llama que encienda corazones,
sea semilla que fecunde comunidades,
y sea voz que grite que **el amor jamás pasa**. Amén.

